

to enérgico y esta pasión del bien que da la elocuencia irresistible.

Toda su vida es una predicación viviente. El tiene en nada al mundo degenerado que evangeliza; él no deja el desierto; él no conoce más que á la voz de Dios hablando á su conciencia y la de la naturaleza desolada que le habla también el lenguaje de Dios. Su vestido recuerda el de Elías, su maestro: una túnica de piel de camello,—un verdadero cilicio,—y en torno de sus riñones, un cinturón de cuero. Su alimento, son langostas cocidas en la pídra y miel salvaje recogida en el hueco de las peñas. A ejemplo de los profetas de la escuela de Elías, él no habita ni en la ciudad, ni en las aldeas, ni en las casas, sino en las grutas de la montaña desierta.

Todavía hoy se muestra, al Oeste de Ain-Karim, una de esas grutas que fué tal vez su primer refugio en su vida errante. Ella está cavada en plena roca viva, sobre el flanco oriental del valle de Beit-Anina. Una fuente brota á dos metros sobre la misma gruta; ella riega todo su rededor: el césped está verde, el limonero en flor, el algarrobo ostenta sus ramas negras. El torrente, henchido en los días de tempestad, ruge en el fondo de la garganta. En frente, sobre la vertiente occidental, una pequeña aldea árabe. Una fuente ha atraído ahí á algunos pobres fellahs. Un poco á la izquierda, á media colina, un ramillete de árboles verdes,—lugar venerado en donde, según la tradición del país, los cuerpos de dos valientes Macabeos, matados en combate, fueron un instante depositados. Soledad áspera y desnuda. Horizonte cercado. Se siente atraído por los flancos del valle que parece querer juntarse. Se tiene necesidad de mirar al cielo que domina y ensancha todo. Esas rocas, ese torrente, este valle triste, están en plena armonía con el personaje austero que ahí vivió. El eco de la voz poderosa que clamaba: "Dios llega, preparad sus caminos, arrepentíos," llena todavía ese desierto; se la cree escuchar al través del ruido del viento que pasa y el murmurio de las aguas de Beit-Anina.



CAPITULO II.

ACCIÓN RELIGIOSA DE JUAN BAUTISTA.—EL BAUTISMO DE JESÚS.

El año 27 era un año sabbático.¹

La vida agrícola está supendida, no se trabaja ni se siembra, los campos están en barbecho; la tierra, las bestias, los hombres, todo descansa. Los frutos crecen por sí mismos sin cultivo, ellos pertenecen á los pobres, que también tienen un año de libertad, de abundancia y de alegría. Las sinagogas son más frecuentadas en los días de fiesta y en la hora de la oración; los caminos de Sion ven pasar caravanas más numerosas; la cátedra de los doctores está más rodeada. Menos absorbida por el trabajo, la multitud, que en Oriente, ama las charlas sin fin y la vida al aire libre, se entrega á todas las preocupaciones religiosas y políticas, cuyo ardor va en aumento.

Entonces fué cuando Juan se reveló al pueblo.

El no apareció en las plazas públicas ni en las puertas de las ciudades, él no se mostró en Jerusalem, en las encrucija-

¹ Véase el Apéndice A. La cronología general de la vida de Jesús.

das de la Ciudad Santa ni bajo los pórticos del Templo. El apóstol permaneció el anacoreta, encadenado por el Espíritu en su desierto de quien pretende llamarse la voz.¹

Quien no haya visto esta tierra en la que Juan Bautista se levantó como profeta, no sabría explicar la rudeza de su palabra, sus fuertes imágenes, sus gritos poderosos como el rugido del león.

Ella se extiende desde las orillas del mar Muerto hasta los confines de la Samaria, sobre una longitud de veinte leguas y una anchura media de seis kilómetros. De la cima de la colina de Kahn-el-Ahmar (la caravana roja), ella parece, en su grandeza salvaje, á una mar desmontada cuyas olas de un golpe se hubieran petrificado. El suelo se levanta en montecillos innumerables, separados por pequeñas llanuras. Aquí y allá, los ouady más profundos sirven de lecho á los torrentes que se precipitan de las montañas de Judea. El monte de los Olivos domina todo hacia el Poniente; al Este, el valle del Jordán se profundiza como un abismo, entre las últimas ondulaciones de los montes de Judá y las elevadas escarpaduras de Moab. Ni un árbol en esta soledad ardiente; apenas una yerba rara sobre la roca cansada cuyas capas gredosas revelan un suelo devastado por los volcanes. Ni una aldea; á lo lejos solamente, al Oeste, Aboudis, y al Norte Tayebh. Una larga línea blanca serpentea hacia el monte de los Olivos; este es el camino de Jericó á Jerusalem seguido hace siglos por las caravanas; Juan ha debido atravesarle muchas veces. El silencio es melancólico, se siente uno solo, invadido por esta naturaleza tanto más religiosa, cuanto ella es más muda y desolada.

Un tinte de llama arroja al flanco de las colinas su nota vibrante en ese desierto en el que la luz está de fiesta; todos los matices, los más delicados, se funden en esta claridad que cubre, en Oriente, la inmensidad de la tierra y del cielo, y que da á los horizontes una limpieza y una profundidad infinitas.

¹ Isaias, XL, 3; Mateo., III, 3 y paralel.; Juan I, 23.

Los lugares tienen su predestinación; este convenía al genio del profeta. Juan le recorrió de Norte á Sur, de Poniente á Oriente; él iba errante por los caminos, desde Engaddi y las orillas del mar Muerto, hasta Tayebeh; desde la gruta de Ain-Karim hasta el Jordán. A los transeuntes, á las caravanas, es á los que él dirigía sus exhortaciones ardientes. El no venía delante de la multitud, como los antiguos profetas, él la atraía á él. Los que le habían escuchado quedaban conmovidos, volvían á la ciudad ó á la aldea, penetrados de los acentos del solitario, y, al repetir lo que les había conmovido, ellos esparcían su nombre y despertaban la curiosidad del pueblo.

Bien pronto, sólo se trataba en Judea, en Samaria, en Galilea y en el país más allá del Jordán, que de Juan Bautista. Su papel estaba muy claramente revelado en su conciencia; él se sentía con una certidumbre divina, el enviado de Dios y el precursor inmediato de su Cristo: todas sus palabras respiran esta convicción. La gran obra que Dios preparaba hacía tantos siglos, en cuyo secreto de tiempo en tiempo había preparado á sus profetas, y de la que Israel guardaba la esperanza, llamando á grandes voces su realización,—“esta obra de las entrañas de la misericordia de Dios, la salvación del mundo, la iluminación de los paganos y la gloria de los verdaderos hijos de Abraham,”—esta obra iba á aparecer. Juan lo sabía, lo veía, lo afirmaba; él no lo había aprendido ni en los libros, ni en las escuelas sabias, ni en la observación del estado social, político ó religioso de su nación: ese hijo del desierto no leía, no estudiaba nada, no frecuentaba á los hombres; mas la palabra de Dios estaba sobre él, y la inspiración le alumbraba. Todos los genios se elevan, á diversos grados, según Dios quiere iniciarlos en el misterio de su creación ó el de su voluntad impenetrable. La luz divina no permanece cautiva en la conciencia que ella penetra: ella no es dada, sino para lucir, para esparcirse, y ella corresponde siempre á las necesidades profundas, á las angustias del momento.

El primer deber de Juan era anunciar que el Reino de Dios estaba próximo. Ninguna palabra tenía más fortuna para herir y conmover, de forzar la atención y de perturbar á los espíritus. Al grado de tensión extrema en que el ardor de esperanzas siempre decaídas y la tristeza de una opresión siempre más humillante habían llevado á los Judíos, la voz del nuevo profeta repercutía como el grito de la libertad; ella marcaba una paz nueva y decisiva en los destinos de Israel, la esperanza terminaba, la realidad se mostraba. Los Fariseos, á menudo abatidos y desalentados, interrogaban dolorosamente al porvenir; y viendo siempre defraudadas sus esperanzas, trataban de explicar las tardanzas de Dios. Los ardientes se agitaban, no pensando sino en romper por la rebelión armada el yugo de los paganos.—Dios no vendrá, su reino no se establecerá, declan al pueblo, sino hasta el día en que hayáis sacudido el yugo ímpio.

Juan está libre de la incertidumbre de los unos y del fanatismo de los otros.—El Señor se acerca, decía, se encamina; él viene para reinar sobre su pueblo, viene como el juez, tiene el arnero en la mano, él purificará su aire, aechará su trigo, separará el grano de la paja. El grano será recogido en el granero, la paja quemada en el fuego inextinguible.¹

Bajo este lenguaje figurado y popular, él descubría los atributos divinos del Mesías con rasgos consoladores y terribles, consoladores para los que se asemejaban al buen grano, terribles para las almas vanas y estériles á quienes comparaba con la paja.

Su voz, por momentos, se dulcificaba; y decía del Mesías: El es la salvación de Dios; toda carne va á verle.²

—¿En dónde está, preguntaba la multitud?—Entre vosotros, respondía Juan; pero no le conocéis. El viene después de mí, pero es superior á mí. Antes que yo fuese, ya era él, y yo no

¹ Mateo, III, y paralelo.
² Luc., III, 6.

soy digno de llevar su calzado, ni aun prosternado á sus pies, de desatar sus sandalias.¹

A la llamada del nuevo profeta, sobrecogido por el vigor de su palabra y la firmeza de sus afirmaciones, el pueblo entero se levantó. El desierto se llenó de su voz. Los caminos solitarios fueron invadidos por la multitud que acudía de todas partes en busca y al séquito del anacoreta.

Admirar á los hombres, pedir su atención, excitar su curiosidad, poner en movimiento sus pasiones religiosas y políticas, es fácil; mas el enviado de Dios tiene una misión más elevada, él debe penetrar el alma hasta el fondo, mover las voluntades, herir y atraer las conciencias.

Semejante obra no marcha sin la intervención de Dios. Al dar á sus profetas la santidad, el amor heroico del bien, él les comunica también una voz muy vibrante de su inspiración, la única capaz de reformar, de inspirar el odio del mal y de impulsar á la virtud.

La santidad de Juan radiaba en todo su sér. Se sentía en él al hombre consagrado á Dios. La austeridad de su vida le hacía un personaje sobrehumano. El camino de las conciencias le estaba abierto: ningún profeta anterior á él entró ahí más triunfante. El vidente se dobló en reformador, y mientras que el vidente calmaba las esperanzas de la multitud, el reformador la atraía y la enseñaba la ciencia de la salvación.

Esta ciencia, que consiste toda en la preparación al Reino mesiánico, se resumió en él en dos elementos: una virtud, la penitencia; un rito, el bautismo acompañado de la confesión de los pecados. Nosotros estamos distantes de las preocupaciones farisaicas y de las doctrinas revolucionarias de los Zelotas.

No os alimentéis de ilusiones vanas, debió decir á todos los que se apifaban en su derredor; no es por vuestra justicia le-

¹ Juan, I, 26, 27.

gal y vuestras observancias que os hacéis dignos del Reino de Dios; no es por la revolución armada contra el yugo pagano que os apresuréis á la venida del Salvador. El llega en su día y este día se ha levantado; ninguna fuerza impide á Dios; el hombre debe esperarle, y cuando él llegue, no tiene más que recibirle.

Ahora, para que la obra de Dios se cumpla, es preciso que el hombre se preste á ello, que renuncie á sus preocupaciones, á sus vicios, á sus pasiones, al mal bajo todas sus formas: esto es lo que Juan llamó arrepentirse, confesar sus pecados y hacer penitencia.

Sin penitencia ninguna evolución posible en el bien, ninguna transformación del alma; esta es la ley universal del progreso moral, ella debía ser promulgada en la misma hora en la que Cristo iba á opacar en el mundo la más alta evolución y la suprema transformación de la humanidad. El honor de Juan es el haberla formulado con una potestad que nada iguala, en un instante sin igual en la historia.

A su doctrina de penitencia, él unió un rito que debía ser el símbolo y la profesión pública.

En Oriente, sobre todo, nada de religioso se cumplió sin un signo visible que habla á los sentidos y hiere á la imaginación. Al instituir su bautismo, Juan estaba seguro de hallarse en armonía con el temperamento y las costumbres de su pueblo, y de dar á su acción una nueva potestad.

Siempre, el rito ordenado por el Bautista guardó su originalidad, el no se confundía con el bautismo cotidiano de los Essenianos ni con el de los Prosélitos: el uno no daba más que una purificación del todo legal que jamás ha sido el objeto de las preocupaciones de Juan, y el otro era el signo de la incorporación del pagano al pueblo de la alianza. El bautismo joánico era una profesión solemne de penitencia, una imagen de la ablución interior y de esta pureza de la conciencia sin la cual el Reino de Dios no podía ser ni acogido ni fundado. Nadie duda que él no fuera inspirado por la vocación misma

del profeta; por este título él venía de Dios y se imponía como un deber á todos los que esperaban, en la justicia, la venida del Mesías.¹

La confesión de las faltas exigida por el Bautista, antes y durante la inmersión, era familiar á los Judíos. La Ley hacía en ciertos casos una obligación solemne. Sábese que en el día de la expiación, el gran sacerdote, en nombre del pueblo, cargaba la cabeza con el maldito macho cabrío de todos los pecados de Israel.²

Moisés y los profetas, en su celo ardiente por la salvación del pueblo, gustaban llevar ante Dios el peso de sus faltas; y Joel clamaba á los sacerdotes con una voz vehemente: Llorad entre el vestíbulo y el altar por las infidelidades de la nación.³ Esta era una convicción arraigada en la conciencia judía, y cuya huella se encuentra hasta en Philón y los escritos de los rabinos, que la penitencia unida á la confesión de las faltas, atraerá la bendición de Dios, y que ella es la condición de la venida del Mesías.

Mientras que en esta época los Fariseos se prevalían de su justicia, los Essenianos de su pureza legal, olvidando los unos y los otros la ley de la penitencia, Juan la recuerda al pueblo y se muestra así del todo libre de las aberraciones de sus contemporáneos, y fiel á la inspiración de los profetas, los verdaderos representantes del Espíritu de Dios.

Después de haber errado algún tiempo en el desierto, sembrando su doctrina, llamando á la multitud á su bautismo, Juan bajó al llano del Jordán y se aproximó al río.

El llano del Jordán⁴ se desarrolla á trescientos metros abajo del nivel del mar, al pie de las montañas del desierto de Judá, —triste, inhabitado, casi inculto. El lago de Tiberiades la li-

¹ Marc., XI, 30.

² Deut., V, 7; Levit., XVI, 21.

³ Joel, II, 17.

⁴ El Gohr, como dicen los Arabes.

mita al Norte, el mar Muerto al Sur, las montañas de Moab y de Adjloun al Oriente. Cuanto más se aproxima al mar Muerto, el suelo es más estéril. La verde Jericó, regada por el manantial que actualmente se llama la fuente de Eliseo, aparece como un oasis bajo sus plataneros, sus palmas y sus rosas. Todo en su derredor, una tierra amarillenta y gris. Acá y allá solamente, algunos zakkoum, especie de olivo salvaje, y bosquillos de un arbusto espinoso que los árabes llaman el sidr.¹ En medio del llano, entre la Judea y la Perca, una larga línea blanquecina marca el valle en cuyo fondo el Jordán cava su lecho, llevando sus aguas en una tierra margosa, cargada de nitro, que carcome hace millares de años. Ese suelo removido, despedazado por la corrosión, tiene extraños aspectos: se cree ver viejos edificios destruidos, palmos de muros, torres arruinadas, restos informes de alguna ciudad devastada por la guerra, el fuego del cielo y los siglos.

Los días son ardientes, las noches tibias, luminosas. Mucho tiempo después que el sol ha desaparecido, un gran reflejo semejante á la vía láctea invade al cielo del Poniente, y las estrellas se dejan ver, innumerables. En el horizonte, á flor de tierra, ellas cintilan como en su zenit, semejantes á faros en la orilla de un mar adormecido. En la noche, bandadas de pájaros cruzan el valle, con grandes ruidos de alas; el silencio no es turbado sino por ellos y por la voz sorda del río.

Tales eran los lugares que recorrió Juan Bautista, alejándose de su desierto y encaminándose hacia el Jordán.—Preparad, repetía sin cesar, abrid el camino al Señor.²

El comparaba el alma con el desierto que atravesaba, insinuando que en el alma estéril, desolada, Dios iba á venir. ¿No era preciso abrirle los caminos?—Aplanadles, exclamaba, que ellos no sean tortuosos, escabrosos, como aquellos por los que pasamos. Que los valles se terraplenen, que las montañas y

¹ Este es el Rhamnus Nabeca de los botánicos.

² Mateo, III, y paralel.

las colinas se abatan.¹ Desalentados y abatidos, levantáos; vanidosos y soberbios, humilláos. Que nuestra voluntad sea recta y pura, vuestra alma unida y en pleno equilibrio. Entonces veréis “la Salvación de Dios.” Esta palabra en su boca, designaba al Mesías.

Sus exhortaciones penetrantes inspiran el arrepentimiento. Vefanse grupos de hombres, confesar públicamente sus pecados y sumergirse, en señal de penitencia, en las aguas del Jordán.

Se forman discípulos en torno del Bautista, repiten sus enseñanzas y le asisten en su ministerio. A ejemplo de todos los maestros religiosos, él les enseña á orar,² les obliga á los más severos ayunos,³ les invita á la penitencia y al sacrificio. Las gentes del pueblo cuya vida, hecha austera por la escuela del maestro, presentan un modelo de la piedad judía, la más ardiente.

No se encontrará en toda la historia de Israel, y quizá de ningún pueblo, un movimiento semejante hacia la virtud.⁴ Las clases inferiores y menospreciadas,—soldados, publicanos, peajeros, cortesanas,—se apiñan hacia el nuevo profeta de la penitencia. La jerarquía parece ver en un instante á su acción con vista favorable;⁵ pero ni los Saduceos ni los Fariseos, ni los doctores, aceptan el bautismo al que Juan los convida.⁶ Los primeros, enemigos de toda novedad, desdeñan ese rito instituido por un hombre de quien no admiten la misión; los demás, confiados en su santidad legal, no son de los que se hieren el pecho; siempre satisfechos de sí mismos, ¿cómo hablan de confesar públicamente las faltas á las que se reconocían extraños?⁷ El rigor inexorable del asceta les irritaba; ellos no

¹ Mateo, III, y paralel.

² Luc., III.

³ Luc., XI, I; V, 33.

⁴ Marc., II, 18.

⁵ Cf. Anliq., XVIII, p. 1-2.

⁶ Juan, V, 35.

⁷ Luc., VII, 30; Mateo, XXI, 32.

vieron en él, bien pronto, sino á un fanático presa del espíritu de Belcebú.¹ Mas la opinión popular, atraída por Juan, acogía mejor su palabra. Esta es una ley de la historia del Evangelio, cuando Dios quiere obrar, desdénia á los grandes y los sabios, y se inclina á los ignorantes y los pequeños; rechaza á los que se creen justos y llama á los pecadores, cuya sinceridad merece el perdón.

El austero reformador se dulcificaba predicando á los humildes: sus consejos respiraban la bondad.

El hablaba de justicia á los peajeros, y á los colectores de impuestos,—no exijáis nada de más de lo que os ha sido prescrito, decía.

Recomendaba la dulzura y la calma á los soldados, prohibiéndoles la violencia é invitándoles á que se contentasen con su sueldo.—Sed buenos, repetía á todos, ¿tenéis dos túnicas? Dad una á quien no la tiene; y si alguno tiene que comer, que divida con quien no tiene nada.²

Tenía el tacto y el discernimiento de los espíritus, y este arte supremo que, uniendo la vista clara á la justicia y á la caridad, sabe decir á todos la palabra oportuna. Su indignación contra la hipocresía y el orgullo se revelaba con un vigor implacable.

Vió un día, mezclados entre la multitud, á muchos Fariseos y Saduceos que venían á su bautismo. El no pudo contenerse, penetrando lo que se ocultaba, en los unos, de falsa piedad, en los otros de escepticismo y de molice epicurea. El reconoció en ellos á esas lenguas envenenadas que destilan al pueblo la ponzoña de las falsas doctrinas sobre el Reino de Dios, el Mesías esperado, la santidad y la justicia. Su conciencia se rebeló.—Raza de víboras, les dijo, ¿cómo escaparéis á la cólera que viene? No tenéis más que un refugio. Arrepentíos y haced dignos frutos de penitencia.

¹ Juan, III, 2.

² Luc., III, 11, y sig.

Al adivinar el orgullo religioso del que ellos se prevalían interiormente contra el mismo Dios y contra su justicia, él añadió: No digáis: ¿Qué tenemos que temer? ¿No tenemos las promesas de Dios? ¿No somos los hijos de Abraham?—¡Hijos de Abraham! ¿Acaso Dios no puede hacer esas piedras del camino?

Si el árbol plantado por Dios no da fruto, él será segado sin piedad. Y llega la hora, árbol estéril, en la que el hacha está ya en tu raíz. Tú vas á ser cortado y arrojado al fuego."¹

Así es como por la boca de su profeta Dios azotará las preocupaciones de los jefes del pueblo, haciéndoles entrever en la luz de una palabra inspirada las severidades de esta justicia á la cual nadie escapa.

La castigada de Dios, en su pensamiento, es Roma, amenazando á Israel de una destrucción total; así es también para el gran día del juicio, el mismo Mesías, ejecutor soberano de las últimas venganzas.

Dulce para los justos y los humildes, Juan era inexorable para los bellacos y soberbios. La libertad de su palabra no economizaba nada. Una fuerza sobrenatural le animaba. Así ganó la estimación del pueblo, y su prestigio creció; porque hay una necesidad innata de justicia en el fondo de la conciencia popular; ella parece aliviada, cuando una voz desinteresada releva sin miedo y sin debilidad los errores de los poderosos; la opinión se inclina ante esos hombres á quienes devora la pasión del bien; la santidad les forma una aureola; y, á pesar de su desnudez terrestre, ellos aparecen ante los poderes establecidos como investidos de la autoridad de Dios.

Del fondo de su desierto, ese pobre anacoreta domina á su tiempo. Todo palidece ante la figura severa y radiante del profeta de quien cada palabra abate al vicio, pide la virtud, profiere una amenaza, enciende las esperanzas nacionales, y cuya heroica santidad apoya la palabra.

¹ Luc., III, passim.

Elías verdaderamente había resucitado.

La multitud que toma todo á la letra, le creía, lo decía muy alto en su entusiasmo sencillo. Una de las supersticiones populares del tiempo era la fe en la vuelta y en la revivificación de los grandes profetas, en la época mesiánica: preguntábase si Juan no era uno de ellos; algunos en secreto, agitaban hasta la cuestión de saber si era él el Cristo.¹

Cuando un hombre se levanta del medio del pueblo, y por la iniciativa de su genio ó de su inspiración, se conquista una autoridad moral preponderante, él inquieta siempre al poder. La novedad de su palabra, la independencia de sus acciones, dan impulso á los espíritus, y á menudo los representantes oficiales del buen orden social y religioso se inquietan: este es el conflicto inevitable entre la fuerza progresiva y la fuerza de conservación que prevalecen alternativamente en la humanidad.

Juan removió muy violentamente á la sociedad judía para no escapar de las sospechas del Sanhedrin.

La gran asamblea se consideraba como la guardiana de la Ley, y hacía comparecer ante su tribunal á cualesquiera que se atreviera, sin su mandato, á tocar las cuestiones religiosas; ella se conmovió por la influencia extraordinaria del Bautista. La ruda elocuencia con la que él había fustigado á los doctores y desentascarado los vicios de la aristocracia, fué la ocasión determinante de la acción abierta contra él. Si Juan hubiera predicado en las ciudades, si hubiera ido á Jerusalem, se le hubiera aprehendido y juzgado; se contentó con enviar una embajada al anacoreta, con mandato de interrogarle acerca de su pretendida misión.* Los enviados eran sacerdotes y levitas, del partido fariseo, el más rígido.

—¿Quien eres tú? ¿Quien pretendes ser? ¿Eres Elías? preguntaron ellos á Juan.

1 Luc., V, 15.

2 Juan, I, 19-28.

En su sinceridad, sin dejarse exaltar por el favor de la multitud, él respondió: Yo no soy Elías.—¿Quien entónces? replicaron los enviados. ¿Eres el profeta anunciado por Moisés? —No.—¿Quien eres, pues? Responde, á fin de que llevemos tu palabra á los que nos han enviado.—Yo soy, respondió Juan, la voz que clama en el desierto: Haced recto el camino del Señor.

La embajada no estaba satisfecha. El espíritu contencioso de los Fariseos suscitó una cuestión jurídica.—Entonces ¿porqué bautizas, si no eres ni Elías, ni el Cristo, ni un profeta?

Los doctores en su ciencia exegética, reconocían el derecho de bautizar á Cristo, según la palabra de Ezequiel:¹ Yo derramaré sobre vosotros el agua pura, y quedaréis lavados de todas vuestras impurezas; y aquella de Zacarías:² En ese día mesiánico, brotará una fuente en la casa de David, para todos los Hierosolimitanos, y el pecador será justificado; y aquella de Joel:³ Entonces, todos los arroyuelos de Judá correrán á bordes llenos, la fuente brotará de la casa del Señor y regará el lecho espinoso de los torrentes.

Elías, como precursor, tenía también este privilegio; ellos no le rehusaban al profeta anunciado por Moisés; esta doctrina estaba consagrada.

Juan les dijo con esa claridad que disipa todo equívoco y lleva la luz al corazón mismo de las cuestiones embrolladas por vanas sutilezas:

—Hay dos bautismos: el del agua y el del Espíritu. Yo, bautizo en el agua, Cristo bautiza en el Espíritu. Y Cristo está en medio de vosotros, y vosotros no le conocéis.

En seguida, repitiendo solemnemente lo que ya había dicho á la multitud, añadió: El viene después de mí, él que ha sido hecho antes que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su calzado.⁴

1 Ezequiel, XXXVI, 25.

2 Zacar., XIII, 1.

3 Joel, III, 18.

4 Juan, I, 26, 27.

¿Cuál fué la consecuencia de la tentativa del Sanhedrin contra Juan? Se ignora. El profeta continuó su bautismo de penitencia, sin ser inquietado. El favor popular creciente le hacía inviolable. Es difícil de tocar á aquellos á quienes Dios y el pueblo guardan y protegen.

Varios meses habían transcurrido desde la entrada en escena de Juan. Establecido sobre la ribera oriental del Jordán, en un lugar desierto llamado Bethania, en frente de Jericó, cerca del vado que atraviesan las caravanas que van por el sur de Perea, hacia Hesbon y Macherous, él había visto pasar á una multitud innumerable. Cualquiera éxito que hubiera tenido su misión entre sus conciudadanos, por poderoso que hubiera sido el movimiento religioso del que él era el iniciador, el profeta comprendía que su obra no llegaría á su punto culminante sino con la condición que él vería, que él mostraría al pueblo al Mesías esperado, al fundador del Reino de Dios. ¿Por qué él había venido, bautizando en el agua, si no fué para manifestarle á Israel? Sus ojos le buscaban, sus presentimientos le llamaban. ¿Mas cómo le reconocería? ¿Qué señal se lo revelaría? Una voz interior del Espíritu, que le poseía desde el seno de su madre, que vivía con él en el desierto y que ponía en su boca las palabras de fuego con las que Israel entero se había estremecido, una voz interior le dijo: "Aquel sobre quien verás al Espíritu descender, es el que bautiza en el Espíritu Santo."¹

Y Juan esperaba al divino incógnito.

Se tocaba al fin del año 27, quizá á los primeros días del año 28. La Galilea, como todas las demás provincias, estaba llena del nombre de Juan Bautista; los Galileos, siguiendo el impulso que llevaba hacia él á todos los Judíos, venían á su vez á pedirle el bautismo.

Esta fué para Jesús la hora de Dios. El carpintero de Na-

¹ Juan, I, 33.

zareth tenía treinta años; él se mezcló á las caravanas de su país y bajó al valle del Jordán.

La ruta que lleva de Nazareth al vado del río en el que Juan se había fijado, es de veinticinco leguas; ella atraviesa una parte del llano de Jizreel, sigue el Ouady Djaloud, pasa bajo los muros de Scythopolis, se alarga por las montañas de Samaria y de Judea que cierran al Poniente el llano del Jordán; después, replegándose al Este, ella deja á la derecha á Jericó, descende en pendiente dulce en el valle del río, y termina en el Jordán, hacia Bethania, al lugar mismo escogido por Juan para su bautismo.

Ese lugar estaba lleno de religiosos recuerdos, él hacía pensar en el más grande de los jueces y en uno de los más grandes profetas; ahí fué donde los Israelitas atravesaron el Jordán á pie enjuto y entraron con Josué á la Tierra prometida; ahí fué en donde el profeta Elías, acompañado de Eliseo su discípulo, tocó al río con su manto, y se abrió un paso á través de sus aguas rápidas.*

El vado se llama hoy "Maktha" (lugar de paso) lo que corresponde bien á Bethania (casa del vaso), ó al Beth'abara (casa de paso) de San Juan.² El está situado á legua y media del mar Muerto; no tiene más que diez metros de anchura. El río describe un círculo brusco, carcomiendo con sus aguas las rocas á pico de la ribera oriental. La otra orilla está unida, verdiosa, llena de sombra, cubierta de sauces, de cañas y de elevados tamarindos plantados en bosquecillos. A través de las ramas de esos árboles de claro follaje, se ven las montañas áridas á cuyo pie estuvieron Sodoma, Gomorra y la verde Jericó. Diríase que son montones de cenizas, de restos calcinados. En pleno Enero, el cielo permanece abrasador, la atmósfera ardiente. La soledad está llena de un silencio apenas turbado por el chirrido de algunos pájaros, el vuelo des-

* Josué, III.

² IV, Reyes, II, 8.

³ Juan, I, 28.

pavorido de las palomas torcaces, y el murmullo sofocado del río.

Ahí es adonde llegó Jesús, perdido entre la multitud.

Juan no le conoció. Jesús se acercó á él. Una visión repentina se lo reveló. "Sobre la cabeza de Jesús, Juan vió abiertos los cielos; y el Espíritu, bajo la forma corporal de una paloma, descendió y se posó en él."

Esta era la señal esperada.

Juan entonces comprendió lo que ninguna ciencia humana, ningún genio podría enseñarle; él debió experimentar uno de esos estremecimientos indecibles que hacen sentir que ahí está Dios.

El se inclinó hacia Jesús de Nazareth, y se excusaba de darle el bautismo.

—¿Cómo, decía, yo soy quien debe recibirlo de tí, y tú vienes á pedírmelo?

—"Deja, respondió Jesús, así es como debemos cumplir toda justicia."

La profundidad de esta palabra garantiza la autenticidad; ella abre un día inesperado sobre el alma de Jesús, ella muestra que él tiene la ciencia perfecta de su vocación mesiánica, y que al venir á someterse al rito instituido por Juan, él comienza ya á realizarla.

Juan obedeció y le bautizó. Jesús fué sumergido en el agua del Jordán. Apenas salido del agua, como él oró separado de la multitud, la visión que había deslumbrado al Bautista se reprodujo para el mismo Jesús. "El cielo se abrió, vió del cielo abierto descender al Espíritu como una paloma, pararse sobre él y permanecer en él. Al mismo tiempo, una voz decía: Tú eres mi Hijo bien amado, en quien tengo mis complacencias."

Este acto inaugura la vida pública de Jesús, revela su naturaleza, su papel divino, todo su destino y la fuerza que va á conducirle.

1 Mateo, III, 13.

2 Mateo, 13-17, paralel.

Los adversarios de la intervención personal de Dios no penetraron jamás el sentido profundo; y la historia evangélica en la que esta intervención personal, directa, es constante, será para ellos un libro cerrado.

Por lo demás, Jesús ya no es el carpintero de Galilea; el velo que le ocultaba á la multitud se desgarró: él aparece lo que es, el Cristo, el Hijo de Dios. Sin embargo, él guardará en su grandeza divina, una naturaleza enferma, sujeta al dolor y á la muerte. Pecador, no podía serlo: nacido del Espíritu, él está en la santidad absoluta, como el principio en la virtud de la cual él ha sido concebido; más humillado, sacrificado y anonadado, él debe serlo, y él lo será: su primer acto público es un acto de abajamiento, él viene á pedir, confundido entre la multitud, el rito del pecador, obligándose por esto mismo á sufrir la ley de la penitencia y del sacrificio del que el bautismo de Juan era el símbolo.

De esta manera es como él cumplió toda justicia; él el primero obedeció á esta ley que él debía imponer á todos, como la condición necesaria de la entrada á su Reino, y él, que por la muerte debía salvar y regenerar á la humanidad, comienza ya entrar en la muerte. Que el pecador sufra y se sacrifique, esta es la estricta justicia; que el Santo de Dios se sujete al dolor y al martirio, esta es la consumación de la justicia por el amor, esta es la justicia de Jesús.

En el momento en que esta sumisión le inaugura, y en virtud de este acto, el cielo se abre. La vida misma de Dios impenetrable é indecible, cerrada á toda criatura,—esta vida en la que la humanidad abrumada por el mal, ya no sacaba más,—se muestra invadiendo el alma de uno de sus hijos. El incógnito predestinado en quien ella descende visiblemente no es solamente lo que él parecía ser,—un hijo del hombre,—este es el Hijo de Dios. El Espíritu que habitaba en él y que no se sospechaba, se revela solemnemente y le consagra á los ojos de la multitud: el Mesías puede, por lo demás, obrar.

Los hombres los más grandes no tienen más que su talen-

to, su voluntad, sus pasiones; entre los más santos, á todos esos resortes de energía personal se añade la inspiración de Dios, inspiración á menudo pasajera, siempre limitada, que deja todavía penetrar la debilidad del hombre; mas esta consagración pública descubre en Jesús la plenitud del Espíritu; y este Espíritu es el principio soberano de todos sus pensamientos, de todas sus voluntades, de todos sus discursos, de todos sus actos, de todos sus pasos.

Jesús nos le comunicará. La escena de su bautismo, que contiene el enigma de la regeneración, se reproducirá hasta el fin de los siglos; el agua santificada será, un día, por una institución especial, el sacramento del renacimiento del hombre, y el bautismo del agua llegará á ser el bautismo del Espíritu. Cualesquiera, á la llamada de Cristo, saldrá de sus vicios, de su ignorancia, de su egoísmo, por el arrepentimiento, el sacrificio y la fe, cualesquiera entrará en la palabra de Jesús, verá, como él, al cielo obstinadamente cerrado, abrirse; los hijos de la tierra y de la humanidad corrompida llegarán á ser los hijos de Dios, ellos escucharán en el fondo de su conciencia, al Espíritu murmurar este título inefable, y aprenderán de él á llamar á Dios su Padre celestial.

¿Hasta qué grado las manifestaciones extraordinarias que han estallado en el bautismo de Jesús fueron conocidas de la multitud? La narración evangélica no permite para nada determinarle. Ellas, por lo demás, parecen directamente dirigidas al Bautista, á aquel que debía señalar al Mesías, y que se halla por ellas elevado al hecho de su gran misión. El no faltará á su tarea. Las ocasiones nacerán de ellas mismas; y se le escuchará, á él, tan vehemente, templar su ruda voz y encontrar acentos de una dulzura infinita para revelar á su Señor y á su Maestro.

El hecho del bautismo de Jesús quedó profundamente grabado en el recuerdo y en la conciencia de sus discípulos; el era llamado "la Unción de Jesús." La predicación apostólica pri-

mitiva, tal como las Actas nos la han conservado,¹ ahí hace alusión como á un signo evidente por la que debía reconocerse la justificación divina del Mesías.

Jesús se alejó casi inmediatamente y desapareció, huyendo la curiosidad y la impaciencia del pueblo que afluíá á las riberas del Jordán.

El Espíritu, de que estaba lleno, le condujo al desierto.

¹ Act., IV, 27; X, 38.